

España, Cataluña y los nacionalismos secesionistas

Los pilares sobre los que se sustenta el proyecto de España como nación están siendo tensionados por la exacerbación, en los últimos tiempos, de las pulsiones independentistas catalanas. Para poder dibujar un diagnóstico fidedigno de las causas que subyacen a tan perentorio fenómeno, vamos a apoyarnos en el marco teórico dibujado por el egregio pensador Ortega y Gasset en su libro *España invertida*.

De sus páginas podemos colegir que la mayoría de las naciones actuales se han formado por la incorporación de distintas unidades menores que anteriormente gozaban de autonomía. En su seno, por tanto, existen dos fuerzas contrarias: una centrífuga que impele al despiece del todo y una centrípeta que lo mantiene unido. La fuerza centrípeta tiene como causa última la existencia de una comunión de intereses que toman forma en un proyecto común que solo es posible alcanzar aunando las fuerzas de todos sus componentes. Por su parte, la fuerza centrífuga bebe de los particularismos y del sentimiento ancestral de pertenencia a la tribu. A partir del marco teórico dibujado, las causas de la exaltación independentista, con el consiguiente riesgo de fractura de la unidad nacional, está motivado por un debilitamiento de la fuerza centrípeta, por un fortalecimiento de la centrífuga o por una combinación de ambas.

En primer lugar vamos a analizar someramente las causas que han debilitado la cohesión nacional y que han operado desde el principio de la democracia. Debemos recordar que la estructura política descentralizada que consagra la Constitución se motivó en gran medida para dar encaje a las pretensiones de autogobierno de los territorios en los que el nacionalismo tiene una mayor implantación (fundamentalmente Cataluña, País Vasco, Navarra y Galicia), y que durante la dictadura habían sido acallados. Frente a las posiciones rupturistas de los nacionalistas secesionistas, los padres de la Constitución encomendaron a los grandes partidos constitucionales la sustantiva función de ser custodios de la unidad e integridad nacional.

La actual ley electoral y la configuración del arco parlamentario han supuesto que tanto el PP como el PSOE, en caso de no obtener la mayoría absoluta, intercambiaran activos estratégicos, en forma de cesiones competenciales cada vez mayores, por activos tácticos; esto es, la gobernabilidad en una determinada legislatura.

En cierta medida podemos sostener que los grandes partidos constitucionales, por su visión cortoplacista y carencia de una visión clara de España, han sido incapaces de coadyuvar a la consecución de la sustantiva tarea que tenían encomendada: preservar y fortalecer la unidad nacional.

Frente a la pusilanimidad y laxitud del PP y PSOE, la hoja de ruta de los nacionalistas secesionistas es clara y diáfana: obtener la independencia de la nación Española y constituirse en un estado propio, objetivos que forman parte invertebrada de su corpus conceptual. Para conseguirlo han generado una historia coincidente con su ideario propagandístico (como sostiene George Orwell en notas sobre el nacionalismo, una de las ca-

EDUARDO ESTEVE
PROFESOR DE ECONOMÍA Y EMPRESA
DE LA UNIVERSIDAD CEU
CARDENAL HERRERA



racterísticas inherentes a los nacionalismos es la creación de una 'realidad' desconectada de los hechos factuales, o en sus propias palabras: «Los nacionalistas pasan parte del tiempo en un mundo de fantasía en el cual las cosas ocurren como deberían», para a continuación, suministrarla en forma de adoctrinamiento en las aulas.

Hasta aquí hemos perfilado las dinámicas que han operado desde el inicio de la democracia hasta la actualidad. A ellas hay que sumar motivos que acontecen en los últimos años como consecuencia del advenimiento de la crisis económica y el repunte de la corrupción.

En el actual sistema partitocrático en el que el único modus vivendi de una parte sustantiva de los políticos es la política, el objetivo preeminente y prioritario consiste en mantenerse en el poder (la alternativa para un porcentaje no desdeñable sería el paro o, en el mejor de los casos, un empleo comparativamente peor).

Los ciudadanos, en su mayoría, entienden que la situación económica es responsabilidad del Gobierno en el poder (realmente no es así; la influencia del Gobierno es una causa más entre una miríada de ellas), desalojando del mismo a aquellos gobiernos que han tenido la mala suerte de encontrarse en el poder cuando una crisis económica coincidía con un período electoral.

La acerada crisis que se enseorea de Es-

paña desde 2008 ha generado incentivos adicionales en la búsqueda de un chivo expiatorio por parte de los nacionalistas secesionistas a efectos de trasladar la responsabilidad de la situación económica. La víctima propiciatoria ha sido la pérdida España, a la que acusan de latrocinio y, por ende, de las actuales penurias económicas de Cataluña.

Como consecuencia, aquellos nacionalistas que han aceptado el argumento como verdadero han incrementado el resentimiento hacia España y, por tanto, la intensidad de la fuerza centrífuga o de separación. Adicionalmente, la Gran Recesión, con el hundimiento de la economía española, ha debilitado la fuerza centrípeta o de atracción, al hacer menos atractiva la pertenencia a un todo exánime (recordemos que Cataluña es una comunidad rica, con un PIB per cápita del 120% de la media española y ha mejorado algo su posición relativa en relación a España como consecuencia de la crisis). La fortaleza del proyecto España también se ha visto socavada por el repunte de la corrupción real y, sobre todo, de la percibida (tanto por la mayor sensibilidad de la ciudadanía por el empeoramiento de su situación económica, como por la sobreexposición a las noticias de corrupción), minorando en mayor medida la fuerza centrípeta o cohesionadora.

En relación a las consecuencias de una hipotética secesión de Cataluña se ponen de manifiesto, de nuevo, las ensañaciones en las que se instala el argumentario independentista: según un estudio de la Generalitat, en 2009 el déficit fiscal de Cataluña suponía un 8,4% del PIB o, lo que es lo mismo, 16.410 millones de euros. Por tanto se colige que, en caso de independizarse, su renta anualmente se incrementaría de modo automático en esa cuantía.

Para terminar vamos a poner negro sobre blanco los sofismas en los que se basa el argumento precedente. En primer lugar, el método correcto para calcular los saldos fiscales, como destaca Antoni Zabala, es el del beneficio y no el monetario subrayado en el informe de la Generalitat. Utilizando este último criterio, el déficit fiscal se reduce a 11.261. Los adalides de la secesión arguyen que la fractura con España no implicaría la salida del euro y de la UE, pero, sin embargo, la realidad, expresada por boca de sus dirigentes como Joaquín Almunia o Michel Barnier, son taxativas al respecto: dejarían de pertenecer a la UE y deberían iniciar el proceso de adhesión. La salida de la UE supondría que los productos fabricados en Cataluña y vendidos en cualquier país de la Unión serían gravados por la tarifa exterior común, con el consiguiente menoscabo de su competitividad.

Adicionalmente, se produciría una deslocalización empresarial, como ya ha expresado el grupo planeta y Volkswagen, a la que habría que añadir, probablemente, una significativa emigración de parte de los ciudadanos residentes en Cataluña, lo que minoraría tanto el capital físico como el humano.

Y todos estos conceptos habría que restarlos de los 11.261 millones del saldo fiscal, por lo que probablemente la secesión de Cataluña solo beneficiaría a las oligarquías políticas que la están promoviendo y su red clientelar, a costa de la mayoría de los catalanes.

TRAZOS IGNACIO GIL LAZARO La propuesta valenciana

El objetivo es liderar la revertebración de España



En vísperas del 9 de octubre el pueblo valenciano debe reflexionar con sentido de futuro. Un análisis en orden a alcanzar presencia principal en el conjunto de la vida española. Una diseción imprescindible que no puede asumir el tono y las formas de otros. Ni la retórica del victimismo ni la invocación del agravio comparativo constituirán nunca el procedimiento válido a tal fin. La cuestión estriba en fijar una propuesta valenciana ajena a la matraca inútil del acento localista. Un soporte argumental profundo y atractivo a la vista de la tentación disgregadora que sacude el panorama de la realidad española. Un afán suicida que convoca la urgencia de recomponer la idea de España como Nación. Por eso 'la propuesta valenciana' tiene que articularse como el gran discurso de fondo que nos lleve a liderar la sanación del hecho nacional mediante la afirmación de principios que son inherentes a nuestra particular idiosincrasia histórica. Un modo contrastado de 'ser valencianos' que no cabe subordinar a planteamientos coyunturales por importantes que estos parezcan. Sin duda hablar de financiación es obligado a tenor de la existencia de un sistema descompensado e insuficiente pero agotar la mira ahí implicaría incurrir en el error de minimizar nuestro papel haciendo que esa reivindicación sea tan solo una más en la suma de voces disconformes. El reto pues consiste en afirmar una línea discursiva audaz que convierta la valencianidad en modelo para la reconstrucción del autonomismo como método y del significado de España como patria común. Una apuesta que requiere exportar el equilibrio emocional y político del que siempre ha hecho gala la sociedad valenciana. En estos momentos confusos corresponde levantar sin complejos la grandeza de nuestros valores propios como pueblo que siente su valencianidad y su españolidad sin traumas ni diferencias. Ganaremos lugar preferente en España proclamando desde aquí el mensaje de la solidaridad interregional, la pervivencia inquebrantable de la unidad patria, el reparto equitativo de cargas y la fuerza de la identidad nacional. Desde la valencianidad se ha de decir que España no es una hilazón de comunidades en conflicto ni una mera circunstancia administrativa carente de mayor alcance. Desde la valencianidad se ha de decir que la tendencia al egoísmo aldeano debilita la energía precisa para ganar un porvenir compartido. Desde la valencianidad se ha de guiar la rehabilitación inmediata de la cohesión española. La sociedad valenciana debe aspirar a ser decisiva en la revertebración intelectual, política y moral de España. Esa ha de ser la meta y la más inteligente actitud para defender lo que nos corresponde sin extraviar nunca la lealtad a una Nación que precisa retomar de nuevo su curso superando los avatares que ahora padece a cuenta de tanto mentecato con aires de profeta, tanta estupidez supina y tanta palabrería banal.